

TRAYECTORIA DE UN NOVELISTA:

EDUARDO CABALLERO CALDERON



Estudio en colaboración:

*Luis Carlos Herrera,
William Mejía,
Bernardo Nieto,
Guillermo Barrera,
Alvaro Gómez O.*

40 AÑOS DE NARRATIVA NACIONAL

Al hacer un balance desde la muerte de *José Eustasio Rivera* hasta nuestros días, es notable la evolución de la narrativa. Así tenía que suceder en el ambiente de progreso en que vive el artista que se expresa narrando. Colombia se transforma y está abierta a todas las corrientes culturales contemporáneas.

En medio de este progreso humano, vivimos uno de los momentos más interesantes de nuestra madurez narrativa, quizás comparable tan solo con la aparición de *La María* y de *La Vorágine*, cuando la prosa toma el vigor expresivo de la lírica. La narrativa actual hace de la realidad un mundo creado de nuevo y en bloques de síntesis, de mitos y símbolos, nos entrega un mensaje más original y más humano y de validez más universal.

Marroquín, Isaacs, Carrasquilla y Rivera colocan ante los ojos de América un hito histórico de madurez literaria. Calan hondamente los valores humanos, enraizan en tierra americana una narrativa original, crean un mundo imaginario de fantasía y maravilla, que empieza a desprenderse de lo costumbrista y de lo folclórico y en Rivera, sobre todo, se hace símbolo y adquiere máxima fuerza dramática.

El paisaje es incorporado definitivamente a la novela como maravilloso, actuante y significativo.

Es verdad que Colombia tuvo desde su iniciación una narrativa: don Juan de Castellanos, en sus *Elegías*, es un cronista de valor. Luego, durante la Colonia, los elementos que la conquista tenía, para una narrativa grandiosa, y las leyendas indígenas, se dejaron de lado, y se volvió la vista hacia lo particular en un acercamiento a la novela. No se alcanza a crear historia, ni el mundo imaginario de la novela, pero Rodríguez Freile acumula

los hechos novelables de su tiempo, sin trabazón dramática, pero con frescura picaresca, dejando sus comentarios de sabor moralizante en el umbral del género.

La independencia trajo un regreso a los valores patrios, pero aún hoy, se echa de menos el cantar de las hazañas épicas que constituyen la génesis de nuestra nacionalidad.

Es verdad que el costumbrismo dio un paso más en la evolución; ingenuo e ingenioso, conserva el valor de su encanto.

La profunda capacidad de interiorización poética del hombre colombiano comunica a la prosa toda su potencialidad expresiva. Colombia, —la de los poetas— no pasará, pero hace 40 años dio un paso de madurez indiscutible y nos dio una novela de alcance universal.

La madurez no siempre se produce con pasos lógicos, también hay retrocesos. La evolución es a veces impalpable, si no se hace referencia al medio cambiante: no es la misma problemática la que produce a *La Vorágine* y a *Cien años de soledad*. García Márquez da a su expresión una dimensión más franca hacia lo mítico, lo simbólico y lo maravilloso iniciado por José Eustasio.

La tensión significativa en Rivera es insuperable, pero se enriquece hoy con nuevos elementos expresivos, se crea un mundo más subjetivo, tan psicológico, telúrico y poético como la selva y el llano, como la costa, y sus pueblos nacientes. No es el paisaje, ni el amor romántico y trágico, ni la lucha despiadada contra la naturaleza, es el dolor de la superación, la angustia del subdesarrollo, la miseria, el aislamiento, el desarraigo y la violencia lo que dan temática a nuestra narrativa actual.

Esta lucha, vigorosa y cruda, por la superación espiritual y moral, ha sido incorporada y sigue siéndolo, en nuestra novela nacional.

Cada artista busca ser más original, se hace más personal y en consecuencia, distinto. Se afirma en su experiencia de las realidades existentes tal como las ha vivido, todas ellas novelables, e imprime a su narrativa un sello inconfundible: Caballero Calderón, Mejía Vallejo, Rojas Herazo, Soto Aparicio, García Márquez han adquirido un sello característico y llevan hoy a nuestra narrativa a su máxima perfección.

La madurez de nuestra narrativa es un acontecimiento nacional y significativo. Es un *signos de los tiempos*. Por eso no puede permanecer inadvertido.

Es un hecho que conlleva un valor múltiple y cuyo significado es necesario interpretarlo por un discernimiento.

Nos proponemos aportar una reflexión profunda y una visión amplia de estos acontecimientos.

El *hecho artístico* —eco de la vida del hombre— sintetiza la complejidad de las realidades humanas, dá relieve a las inquietudes de nuestro tiempo con una verdad más universal, más honda y más duradera.

El escritor es un profeta. Al elevar la verdad histórica a un nivel nuevo, más significativo, aporta su comprensión de los hechos, revela su oculto significado y nos ofrece un signo de interpretación con proyecciones hacia lo eterno y lo absoluto. Su visión es más amplia de lo que hasta ahora hemos creído. Su perspectiva es fundamental, pues nos habla en nombre del Espíritu que sopla donde quiere y cuya perspicacia enriquece la vida del mundo.

Son los artistas antenas especialmente sensibles de lo humano. Su naturaleza operante y sensitiva detecta con más fidelidad y con mayor tensión el acontecer diario de donde extrae lo perenne y valedero.

Si miramos a los autores que se destacan hoy y reflexionamos sobre los nuevos rumbos que han trazado a la narrativa nacional, verificaremos que su aparición entre nosotros es un fenómeno de progreso. Es notorio el número y calidad: este hecho no admite discusión e implica que la evolución es una ley en la dinámica humana, y en el proceso histórico.

Los fenómenos artísticos, como la vida misma, descubren actitudes primarias del ser en evolución: ansias de ser más, de superarse. Colombia da un paso de lo lírico a lo narrativo y dramático. Siempre tuvimos elementos para una narrativa grandiosa. Parece que solo ahora surgen artistas capaces de crear obras de calidad y estructura técnica suficiente que nos coloquen entre los pioneros de la narrativa universal.

Es la madurez de nuestra índole literaria.

El artista pugna por superarse cuando se quiere entregar en toda la amplitud de sus valores: dar-su-ser en auténtica actitud de *poiesis*, de creación. Su progreso se realiza no solo dentro de la técnica, sino más hondamente en la temática y en la madurez psicológica.

Se han creado ya en nuestra narrativa nacional mundos imaginarios de complejidad, novedad y madurez notables. Su origen es auténticamente nacional y sus proyecciones universales, porque hunden su raíz en lo humano. Aquí tenemos "lo poético" en el sentido griego del vocablo.

La creación de un mundo maravilloso y fantástico, diferente de la realidad, pero que la encarna y la significa a través de lo simbólico, es característica de las grandes literaturas y de los autores de genio.

La expresión ha recorrido un difícil camino: de *La María* a *Cien años de soledad*, de *La Vorágine* a *El Buen salvaje*, de *La Marquesa de Yolombó* a *En Noviembre llega el Arzobispo*. Hay un avance evolutivo misterioso que va desde la sola descripción a la encarnación de la persona y de la problemática humana y social, por medio de la acción y el diálogo, por la angustia y la incomunicación que nace a nuestra actual narrativa tensa y preñada de hondos contenidos.

Allí se adensan nuestras preocupaciones y nuestros problemas primordiales: hay que aprender a leerlos, hay que comprenderlos. Esto nos compromete con la responsabilidad de darles solución.

La narrativa marcha inconscientemente hacia la perfección. Es un avance incontenible en busca de *la palabra* encarnada y significativa de todo lo humano, con angustia de eternidad. Busca el *logos*, coronación del cosmos, recapitulación de todo en Cristo, imagen perfecta de Dios.

Es un encuentro inevitable para quien ahonde en la vida y siga las líneas trascendentales más allá del problema, más allá de la belleza, de la verdad y del ser. El artista presiente el misterio y concreta su expresión en una personal entrevisión de su inmanencia en lo creado. Esa es su eterna aventura de enru-

tarse, aun sin saberlo, hacia lo absoluto. Su mal es "ir a tientas" y a veces "ciego, sin lazarillo". Su orientación es siempre el misterio del ser, más allá del fenómeno.

Vivimos uno de los momentos más interesantes de nuestro acontecer literario. Nuestros poetas, nuestros artistas nos entregarán hechos dignos de reflexión. Ellos son *torres de Dios*, como decía Rubén.

La violencia política y social, la injusticia, el problema religioso, el subdesarrollo, el dolor de la superación, la desposesión y el desarraigo campesino, la lucha vigorosa del esclavo de la tierra y la cruda desesperación, el fatalismo, la inseguridad, el aislamiento, la enfermedad y la soledad trágica, lo mismo que la agonía del hombre actual, son clamores de salvación.

Nuestra novela adquiere tensa expresividad. El costumbrismo toma valor universal. Lo individual se hace protesta y denuncia social y aparece la problemática de clase, del partido, de la región, con un profundo sentido americano y un interés mundial.

Presentamos un conjunto de estudios sobre Caballero Calderón. Pone de relieve los valores de la narrativa, que con riqueza y vitalidad inusitada se manifiestan hoy en nuestro medio.

Nuestra novela, nacida del espacio, se desarrolla en el acontecimiento y se profundiza en la persona, y así se carga luego de contenido social. La técnica se asimila, a nuestro modo, y se hace original.

Es necesario aprender a escuchar la verdad que se encierra en la obra de arte. Debemos percibir lo luminoso y lo divino que brota del espíritu humano y creer en la buena voluntad de quienes buscan a Dios a través del arte. Hay que desentrañar la relación que tiene el hecho artístico con el dolor humano y su contenido evangélico, en una nueva apreciación de sus valores.

No podemos comprender el mundo actual sin esta valoración del hecho artístico, valoración que interesa a todo hombre y es punto de partida en el discernimiento de los *signos*.

LUIS CARLOS HERRERA, S. J.